

Entre arepas y completos

ISABEL DÍAZ MÓVIL

(SEGUNDO LUGAR – SEGUNDO CICLO)¹

Llegué a Chile con tres años. No recuerdo mucho, porque era muy pequeña. Mis papás cuentan que mi tía me esperaba en el aeropuerto con una chaqueta enorme, como si llegara al Polo Sur. Yo apenas entendía. Parece que lo primero que pensé fue:

—¿En serio hace tanto frío aquí?

En mi ciudad, en Venezuela, el calor era como un horno que nunca se apaga.

En esos primeros días me llevaron a un museo. El eco de los pasos y el murmullo de las voces me sonaban a otra lengua; me quedé mirando los colores como si fueran juguetes gigantes. Aunque no lo recuerdo tan claro, sé que para mí todo eso era algo nuevo, distinto a lo que había visto antes.

Con el tiempo fui aprendiendo a hablar como chilena. La primera palabra que se me pegó fue “po”. Imaginen a una niña chiquita diciendo “sí, po” a cada rato. Mis papás se reían porque sonaba a loro chileno.

También descubrí la comida. Después de la escuela, mi mejor amiga y yo comprábamos sopaipillas y las devorábamos en la plaza antes de ir al parque. Ese sabor a



masa frita calentita me hizo sentir que, poco a poco, Chile también podía ser mi casa.

Aunque no todo fue sencillo. Mi abuela se reía de mí porque yo empecé a decirle “palta” al aguacate. Ella me miraba seria y me corregía:

—¡Eso no es palta, es aguacate!

Y yo quedaba atrapada entre dos mundos, sin saber cuál palabra usar.

Los completos fueron otra batalla. Son tan gigantes que parecen una torre de Jenga. La primera vez que intenté comer uno terminé con palta en la polera y mayonesa en la barbilla. Desde ahí descubrí que en Chile no se come un completo: ¡se sobrevive a él!

Una vez invité a mis amigas de clase a mi casa y les preparé arepas. La mayoría eran

¹ Escuela Cadete Arturo Prat Chacón. Sexto Básico.

venezolanas; había, además, una amiga chilena que nunca había probado una arepa. Cuando le dio el primer mordisco, cerró los ojos y dejó escapar un “mmm...” largo, como quien descubre un secreto.

—¡Bacán, po! Está filete —exclamó ella, con la cara iluminada.

En ese momento entendí que las arepas también podían viajar conmigo.

Ahora mis compañeros me dicen que soy mitad arepa, mitad completo, y no me molesta: siento que es la mejor manera de describirme.

Al final, estar en Chile me enseñó que uno puede tener dos casas al mismo tiempo: una con familia, calor y mangos; y otra con clima loco, sopaipillas y completos gigantes. Y si alguien me pregunta de dónde soy, yo respondo:

—De donde haya comida rica... po.

**Imagen de este archivo: serigrafía de Gracia Barrios.*

